
RICARDO M. MARTÍN DE LA GUARDIA
GUILLERMO Á. PÉREZ SÁNCHEZ
(Universidad de Valladolid)

*La antesala de la Revolución: el fracaso
del revisionismo húngaro (1953-1956)*

I. Liminar. II. La génesis de la contestación revisionista húngara. III. El momento del revisionismo húngaro: Imre Nagy al frente del Gobierno. IV. La reacción de los comunistas ortodoxos al reformismo de Nagy. V. Epílogo (a modo de interludio).

I. LIMINAR

Al poco tiempo de que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas hubiera impuesto su dominio en toda la Europa Central y Suroriental, gracias sobre todo a los acuerdos de Yalta y a la maquinaria militar del Ejército Rojo, el sistema socialista soviético comenzó a descomponerse. Si al morir Stalin en 1953 la URSS aparecía ante los ojos del mundo como una gran potencia, aureolada por el prestigio que el Estado socialista había ganado como alternativa factible a la concepción capitalista del mundo, y por la influencia cuyo radio de acción se extendía a los partidos comunistas occidentales, el revisionismo posterior a 1953 produjo en el sistema soviético una crisis de identidad que estuvo a punto de romper la unidad del campo socialista.

En efecto, la ingente fábrica propagandística construida paulatinamente desde la Revolución de Octubre y fortalecida después de la victoria en la II Guerra Mundial ofrecía una imagen exterior compacta y coherente de las democracias socialistas de Europa Central que, bajo la tutela de Moscú, caminaban hacia un progreso imparable en todos los órdenes de la vida social y económica. Sin embargo, el descontento popular comenzaba a hacer mella en aquellos países, y la muerte del férreo dictador georgiano parecía entornar, si no abrir, las puertas a cierta contestación al sistema heredado. Así, los años cincuenta trajeron consigo una crisis de identidad manifiesta en la alternativa revisionista a la opresión generalizada del estalinismo.

Sólo bastó que tras la muerte de Stalin al comenzar la primavera de 1953 se entornaran las ventanas del edificio totalitario en un intento de limpiar el ambiente cargado por una larga noche de represión y terror para que en la Hungría de Nagy se tomara conciencia de las profundas reformas que necesitaba emprender el país si deseaba recuperar su rumbo. Era necesario refundar el Estado y recomponer las relaciones con la URSS rompiendo con todo aquello que hubiera sido impuesto por la fuerza: la soberanía limitada, la soviétización forzosa, el monopolio del poder para el Partido Comunista, los campos de concentración, las prisiones de máxima seguridad, los

Cuadernos Const. de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol n° 45/46. Valencia, 2003/2004

procesos judiciales falseados, las ejecuciones sumarias, la dirección centralizada de la economía, la industrialización forzosa, la colectivización de la agricultura, el control de la sociedad, la falta de derechos y libertades básicas.

Sin embargo, pronto comprendieron los reformistas húngaros que sus pretensiones de cambio eran inviables si no lograban antes convencer a los sectores comunistas ortodoxos de su propio país, quienes, fieles a los designios soviéticos, prefirieron terminar con las reformas de Nagy para volver al cauce de los orígenes.

II. LA GÉNESIS DE LA CONTESTACIÓN REVISIONISTA HÚNGARA

A principios de junio de 1953, sólo tres meses después de la muerte de Stalin, los dirigentes comunistas húngaros fueron llamados a Moscú para recibir instrucciones sobre cómo hacer frente a la nueva situación creada con la desaparición del líder soviético y preservar así la soviétización en la Europa del Este. Los dirigentes de la URSS, encabezados por Malenkov, Beria y Kruschov, estaban dispuestos a hacer una serie de concesiones en el proceso de la construcción del socialismo en la Europa del Este, sobre todo en los casos de Polonia y Hungría, para matizar las disfunciones, desequilibrios y penalidades sufridas por la población y el territorio dada a la radicalidad de la experiencia socializadora en la edificación de las democracias populares. Por parte húngara, la nutrida delegación que visitó Moscú demostró con creces la trascendencia del encuentro: estaba compuesta por Mátyás Rákosi (Primer Ministro y Secretario General del Partido), Ernő Gerő, Imre Nagy e István Hidas ¹ (Vicepresidentes del Gobierno), Béla Szalai (Secretario General del Gobierno), András Hegedüs ² (Ministro de Agricultura), Rudolf Földvari (Secretario General del Partido en Budapest), e István Dobi (Presidente del Consejo Presidencial, es decir, el teórico Jefe del Estado húngaro). Las principales cuestiones debatidas fueron las relacionadas con el modelo de desarrollo económico, el proceso de selección de los funcionarios del Partido y del Estado y la necesidad sentida por casi todos de poner fin a la arbitrariedad estalinista en cada uno de los ámbitos de la actividad política y socioeconómica de la organización comunista.

Según Rákosi, los errores en la construcción del socialismo en Hungría ya estaban en fase de superación, pero los soviéticos no compartían su opinión. Para Malenkov, que en aquel momento ocupaba el puesto de Primer Ministro del Gobierno de la URSS, las cooperativas no funcionaban con eficacia y las requisas campesinas que a modo de tributos agrarios obligatorios había que entregar al Estado eran excesivas, lo cual conllevaba un aumento desmesurado de procesos contra los campesinos que no

¹ Este antiguo tornero entró en 1951 en el Comité Central del Partido Comunista y entre 1952 y 1953 fue Vicepresidente del Gobierno.

² Representante cualificado de la línea estalinista del Partido Comunista húngaro, en 1950 entró en el Comité Central del Partido y entre 1953 y 1955 fue Vicepresidente en el Gobierno de Imre Nagy. Al ser destituido éste el 8 de abril de 1955, fue designado Primer Ministro. Fue Hegedüs en calidad de responsable del Gobierno quien el 28 de octubre de 1956 solicitó formalmente, mediante nota diplomática, la intervención de las fuerzas armadas soviéticas para sofocar la insurrección. Con el tiempo se hizo muy crítico con el poder soviético y en 1968 condenó explícitamente la intervención armada del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia para terminar con la “Primavera de Praga”. Pocos años más tarde, en 1973, fue expulsado del Partido Socialista Obrero Húngaro por sus planteamientos contrarios al régimen de Kádár.

cumplían con lo estipulado en los planes oficiales. Por su parte, Beria criticó duramente a Rákosi por su exceso de celo en la actuación contra los miembros del Partido y del Estado menos comprometidos con su propia línea de actuación. Era evidente que, ya antes de la cumbre soviético-húngara, los nuevos dirigentes del Kremlin pensaban que la dimisión de Rákosi por su estrecha vinculación con los postulados estalinistas supondría el punto de partida de la nueva era. El lavado de la fachada del edificio soviético después de la muerte de Stalin exigía cambios en el resto de las democracias populares y, sin duda, este hecho afectaba al principal responsable de la construcción del socialismo en Hungría.

Para sustituir a Rákosi en el cargo de Primer Ministro los soviéticos pensaron que nadie sería mejor que Imre Nagy, un comunista intachable pero al mismo tiempo de talante abierto y claramente comprometido con las reformas dentro del sistema del socialismo real. Algunos años después, con motivo de la insurrección de octubre de 1956 y de su nuevo y segundo nombramiento de Primer Ministro, *The New York Times* publicaría el 25 de ese mes un “Retrato de Imre Nagy” de gran interés para acercarnos a una figura destacada y atípica del movimiento comunista húngaro antes y después de la II Guerra Mundial:

“Incluso durante los muchos años que pasó en Moscú como refugiado comunista, el nuevo Primer Ministro de Hungría, Imre Nagy, era considerado por sus camaradas un comunista extraño. Expresaban la perplejidad que les producía mediante el apodo que le daban, ‘*kulak*’, que es una palabra rusa con que se designa a un campesino rico de la clase de los que exterminó Stalin al comienzo de la década de 1930. Los compañeros comunistas del señor Nagy le llamaban ‘*kulak*’ porque sus antecedentes, su aspecto y sus gustos les recordaban a los campesinos ricos y sólidamente burgueses que habían conocido en Hungría. Hombre corpulento [...] no hacía un secreto de su afición a la buena comida, la buena bebida y la buena ropa.

Cuando caminaba por las calles de Moscú parecía un campesino húngaro próspero ataviado con su mejor traje dominical y que se dirigía a la iglesia antes que lo que era realmente: el técnico agrícola del Partido Comunista Húngaro que se dirigía a su puesto como especialista del Instituto Agrario soviético.

Cuando en 1944 volvió a Budapest con el Ejército Rojo y se convirtió en uno de los principales gobernantes húngaros, mantuvo sus costumbres extrañas. Dejó que su hija se casara con un ministro protestante en ejercicio. Le gustaba sentarse en los cafés de Budapest y discutir sobre política o los méritos de los distintos equipos de fútbol húngaros.

Su esposa, con la que se había casado hacía más de 35 años, era hija de un empleado de pueblo.

Ya en 1945 los amigos del señor Nagy se dieron cuenta de que era políticamente ‘peculiar’ y quizás hasta peligroso. Aunque había pasado más de una cuarta parte de su vida en la Unión Soviética y se había hecho ciudadano soviético en torno a 1930, les dijo a sus amigos de Budapest que no era necesario que Hungría siguiera a la Unión Soviética en todo.

Esto constituía una herejía notoria, pero al comienzo del periodo de la posguerra los comunistas húngaros preparados eran demasiado pocos y estaban demasiado diseminados como para que nadie pudiera permitirse el lujo de depurarlos.

Imre Nagy nació en 1896 en una familia campesina con firme fe calvinista. Cuando era joven aspiraba a llegar a ser cerrajero y fue aprendiz de cerrajero hasta la Primera Guerra Mundial, cuando ingresó en el ejército austro-húngaro. Lo capturaron los rusos, quienes lo llevaron a su patria, donde luchó con los bolcheviques en la guerra civil y luego volvió a su país para tratar de establecer en él el ‘gobierno de los obreros y campesinos’.

Siguió un cuarto de siglo en el que su vida fue semejante a la de otros muchos revolucionarios profesionales de la Europa Oriental. Desempeñó un papel de poca importancia en el breve gobierno comunista húngaro de Béla Kun y luego actuó clandestinamente como agitador comunista hasta que tuvo que huir a la Unión Soviética en 1929. En Moscú siguió estudiando la situación de Hungría y observó cómo Stalin transformaba la Unión Soviética mediante la fuerza y la violencia.

De vuelta en Hungría después de la Segunda Guerra Mundial fue el autor de la primera reforma agraria de la posguerra, dividiendo las grandes propiedades y concediendo pequeñas parcelas a los campesinos y peones de granja. Como buen comunista, se hizo cargo de la policía política durante un tiempo y actuó contra los anticomunistas. Pero siempre, en lo recóndito de su pensamiento, conservaba, al parecer, la esperanza de que se podría alcanzar un camino húngaro para llegar al socialismo.”

De los contactos entre soviéticos y húngaros en Moscú salieron dos documentos aceptados por ambas partes. El primero de ellos entraba de lleno en las decisiones que deberían tomarse para corregir los errores del pasado y mejorar el funcionamiento del sistema socialista; entraba incluso en consideraciones y valoraciones sobre las personas destinadas a impulsar este programa de cambio y renovación del socialismo húngaro. El segundo documento instaba al Comité Central del Partido Obrero Húngaro a que convocase una reunión extraordinaria durante la que se asumieran estas propuestas. Los acuerdos que debería adoptar el Comité Central incluían la necesidad de llevar a cabo una profunda crítica a la línea política seguida por Rákosi, Gerö, Mihály Farkas (Ministro de Defensa y Secretario suplente del Partido) y József Révai (ideólogo de la organización), a quienes explícitamente se atribuía la degradación del sistema socialista en Hungría durante los últimos años. Los nuevos mandatarios soviéticos no dudaban en aplicar las prácticas represivas que criticaban a Stalin; al fin y al cabo, todos ellos habían sido fieles seguidores del georgiano durante su larga estancia en el Kremlin. Obviamente, la supuesta liberalización de las relaciones con las democracias populares del Este de Europa pasaba por continuar aceptando las propuestas elevadas desde el Comité Central del PCUS; es decir, nada sustancial cambiaba en el férreo control ejercido por la Unión Soviética en su zona de influencia europea.

En efecto, el 27 de junio de 1953, después del regreso de la Comisión que había viajado a Moscú, el Comité Central del Partido mantuvo en Budapest una reunión. En ella Rákosi admitió las críticas a su gestión, sobre todo en lo referente a la excesiva concentración del poder en sus manos y en su círculo de incondicionales, actitud que había desembocado en el culto a su personalidad. En la misma sesión intervino también Imre Nagy. Sus palabras –reproducidas al día siguiente por el periódico del Partido Comunista *Szabad Nép* (Pueblo Libre)³– fueron acerbas con la gestión de Rákosi hasta el punto de preguntar abiertamente cómo habían sido posibles tantos errores en la dirección del Partido y en la construcción del socialismo húngaro. Para Nagy la política económica había sido excesivamente “aventurera” e incluso el Estado podía calificarse de “represivo y policíaco” durante los últimos años. El Comité Central adoptó finalmente un acuerdo sobre la nueva línea política del Partido, pensado ante todo para tranquilizar a los soviéticos (de hecho sus puntos principales coincidían con sus “orientaciones” para el cambio) y que, en consecuencia, ocultaba los auténticos problemas del país. En esta misma línea de trabajo el Comité Central elaboró un

³ Con posterioridad este documento apareció en el libro publicado por Áron TÓBIÁS: *In memoriam Nagy Imre*, Szabad Tér Kiadó, Debrecen, 1989, págs. 17 a 40.

comunicado público para manifestar que dicho acuerdo constituía la base del programa de gestión del nuevo Gobierno encabezado por Imre Nagy.

Pronto fue visible el sello reformista que quiso inculcar Nagy a la política nacional: el nuevo dirigente no se paró en la crítica a las políticas desarrolladas por los gobiernos anteriores, sino que intentó introducir modificaciones en la organización del partido comunista. Si el concepto “democratización interna” resultaba inapropiado porque la formulación de los cambios no fue de tanta envergadura, puede en cambio decirse que Nagy intentó revitalizar el Frente Popular Patriótico, esa ficticia y moribunda estructura de organizaciones “antifascistas” que se suponía que dotaban de pluralidad al régimen. En el discurso pronunciado el 24 de octubre de 1954 en el Congreso para la renovación del Frente Popular, publicado al día siguiente en *Szabad Nép*⁴, Nagy subrayó el importante papel que estaba llamado a desempeñar el Frente en la nueva etapa política abierta en Hungría. Así, sin violentar la legalidad vigente, el intento de robustecer estas formaciones políticas fomentaría paulatinamente la disparidad de opiniones y lograría limar el monolitismo del partido hegemónico. Además, Nagy contaba con el apoyo de estas organizaciones renovadas para llevar a buen puerto su política de “nuevo socialismo”. De hecho, al líder comunista no le asustaba hablar públicamente de la necesidad de alcanzar la “democracia dentro del Partido”, apostando por la libertad de crítica como un mecanismo privilegiado para regenerar el sistema socialista en Hungría. Sin duda, Nagy avanzaba demasiado deprisa y parecía querer traspasar los límites infranqueables establecidos por los soviéticos, fuera de los cuales se rompía el compromiso adquirido por ambas partes de transformar la herencia estalinista.

III. EL MOMENTO DEL REVISIONISMO HÚNGARO: IMRE NAGY AL FRENTE DEL GOBIERNO

El nuevo Gobierno comenzó su labor el 4 de julio de 1953, cuando en el Parlamento Nagy presentó al país su programa de reformas inaplazables⁵. El recién nombrado Primer Ministro habló de un “Nuevo Periodo” en la evolución del socialismo húngaro durante el cual el papel del Parlamento como representante de la soberanía popular adquiriría un peso mayor en el sistema político, motivo por el cual el Gobierno debería responder de sus actos ante la cámara. Para no alarmar innecesariamente al sector más ortodoxo del Partido, el líder húngaro recordó a renglón seguido que la actuación del ejecutivo se atendería a las decisiones emanadas del Comité Central. Al mismo tiempo, Nagy señaló sus objetivos primordiales, que podemos sintetizar así:

- 1.– Disminución de las inversiones en la industria pesada.
- 2.– Suspensión del Plan económico vigente para llevar a cabo su revisión.
- 3.– Modificación de la dirección del sistema económico.

⁴ Este discurso de Nagy apareció posteriormente publicado en el libro de documentos *A Nagy vonal [La línea de Imre Nagy]*, Reform Kiadó, Debrecen, 1989, págs. 283 a 292.

⁵ El discurso del Primer Ministro, registrado en el *Diario Parlamentario*, puede encontrarse en la colección de documentos ya citada, *A Nagy vonal*, págs. 248 a 267.

- 4.– Normalización de los intercambios comerciales con los países capitalistas, además de continuar e incluso aumentar la cooperación con la Unión Soviética, las demás democracias populares y la República Popular China.
- 5.– Paliar las necesidades básicas de la población prestando más atención a la industria de bienes de consumo.
- 6.– Aumentar las inversiones en el sector agrícola, incentivando el ámbito privado de dicho sector (se pretendía así favorecer al mismo tiempo la posibilidad de que los campesinos abandonaran el cooperativismo obligatorio).
- 7.– Aumentar el nivel de vida de la población.
- 8.– Potenciar la actividad económica minorista.
- 9.– Poner en marcha un nuevo sistema de requisita de los productos del campo menos oneroso para los agricultores (para evitar la oleada de protestas en el agro, como había ocurrido en la primavera de ese mismo año, sobre todo en la región de la Gran Llanura).
- 10.– Reconocer la importancia del trabajo intelectual y su aportación a la mejora del país.
- y 11.– Terminar con las prácticas arbitrarias del aparato represivo del Estado: de hecho, se cerrarían los campos de internamiento de tipo *Gulag* (donde estaban recluidas unas 150.000 personas) y además se liberarían a los presos políticos, víctimas inocentes de las persecuciones y los procesos de la época estalinista.

Con estas medidas Nagy pretendía restablecer la seguridad jurídica de toda la población: era el anuncio del fin de la etapa de las detenciones indiscriminadas, de los allanamientos de morada, de las delaciones permanentes, de los procesos judiciales viciados, de las deportaciones, de las reclusiones en prisiones o campos de internamiento en Hungría, en la Unión Soviética o en cualquier otro país del bloque comunista y –sobre todo– de las ejecuciones sumarias. Era el momento, tanto tiempo esperado, de reponer el buen nombre de cientos de miles de ciudadanos húngaros perseguidos por el mero hecho de soñar para su país un destino distinto del que el socialismo estalinista quería construir sin importarle el altísimo coste humano.

Conforme a lo anunciado, el Gobierno aprobó de forma inmediata una serie de medidas anunciadas en su programa: en primer lugar, aprobó la concesión de una amnistía restringida que benefició a los presos con condenas no superiores a dos años. En segundo lugar, modificó el Plan económico de 1953 para reducir severamente las inversiones en la industria pesada y fomentar al mismo tiempo la construcción de viviendas populares, y con este mismo objetivo de mejorar las condiciones de vida aumentó los salarios y redujo tanto los precios de productos de primera necesidad como las requisas obligatorias de un cupo de producción de los campesinos.

Con motivo de la amnistía decretada, todos los campos de internamiento húngaros de tipo *Gulag* cerraron sus siniestras instalaciones durante el verano y otoño de 1953, gracias a lo cual comenzó el regreso de los deportados a sus hogares. Hasta finales de 1953 se beneficiaron 748.000 personas de la medida de gracia: más de 15.700 fueron puestas en libertad, a 427.000 se les perdonaron las multas que pesaban sobre ellas por no cumplir los planes agrícolas, 13.670 deportados regresaron a Budapest, y se suspendieron los procesos judiciales abiertos contra 230.000 acusados. Ciertamente el impacto social de estas medidas fue profundo entre la población acostumbrada a que la retórica del poder no tuviera una repercusión real en sus vidas cotidianas.

Todavía fueron más conscientes los húngaros de que algo estaba cambiando cuando el Gobierno paralizó la colectivización forzosa de la agricultura: a finales de 1953 se habían cerrado 688 cooperativas agrícolas de las 5.000 existentes (lo que suponía el 12% del total), con lo que el número de los campesinos cooperativistas disminuyó de 376.000 a 250.000, y la extensión de dichas explotaciones también se redujo un 25%. Según las fuentes disponibles, este proceso continuó durante el año siguiente, aunque no de forma tan intensa. En cualquier caso, las estimaciones más fiables hablan de que a mediados de 1955 la mitad de las cooperativas habían sido ya cerradas: una parte de la tierra de estas explotaciones (en general de calidad media o baja), de sus animales y enseres pasó directamente a los campesinos salidos del sector cooperativo, los cuales se comprometían a satisfacer su parte alícuota de las deudas contraídas hasta ese momento por la cooperativa a la que estaban adscritos ⁶.

IV. LA REACCIÓN DE LOS COMUNISTAS ORTODOXOS AL REFORMISMO DE NAGY

Los dirigentes más ortodoxos del Partido reaccionaron con premura ante la radicalidad de las reformas emprendidas. Su actitud contó con el beneplácito de los dirigentes moscovitas, sorprendidos a su vez por la independencia de criterio adoptada por el Gobierno de Nagy, máxime cuando parece que en aquella coyuntura el Primer Ministro pensó en dar otro paso adelante: reformar los principios de la democracia popular con el fin de otorgar una participación real a todos los grupos políticos y no sólo al partido comunista. En definitiva, un cambio de esa envergadura supondría el retorno a la Hungría posterior a la II Guerra Mundial, antes de la soviétización del sistema político y económico. Como era de esperar, el enfrentamiento entre las diversas facciones del Partido terminó por exacerbarse, no tanto por estos proyectos sino, sobre todo, por el proceso de rehabilitación de los presos políticos y por la clara intención de Nagy de forzar la lucha interna hasta lograr que el estalinista Mátyás Rákosi dimitiera de la Secretaría General del Partido, pues su presencia en tan alto cargo le servía para controlar al ejecutivo y frenar o incluso paralizar sus reformas. En efecto, el 11 de julio, solamente una semana después del discurso de Nagy en el Parlamento, Rákosi alertó a los dirigentes comunistas para que velaran por mantener el papel dirigente del Partido en la sociedad húngara así como una postura firme en contra de las posibles desviaciones del ejecutivo respecto a la línea marcada por la auténtica revolución socialista.

Por su parte, Nagy no se arredró. En enero de 1954 los tribunales iniciaron un proceso contra Gábor Péter, antiguo responsable de la Seguridad del Estado ⁷ a las

⁶ Sobre la situación del sector primario en estos años, y en especial del cooperativismo agrícola, *vid.*, entre otras aportaciones, Sándor BALOGH y Sándor JAKAB: *A Magyar népi demokrácia története, 1944-1962* [*Historia de la democracia popular húngara, 1944-1962*], Kossuth Kiadó, Budapest, 1978; e Iván BEREND: *A szocialista gazdaság fejlődése Magyarországon (1945-1968)* [*El desarrollo de la economía socialista en Hungría*], Kossuth Kiadó, Budapest, 1974; y *Magyarország a XX. Században*, [*Hungría en el siglo XX*], Kossuth Könyvkiadó, Budapest, 1985.

⁷ Gábor Péter dirigió la Policía Política –la ÁVO/ÁVH– entre 1945 y 1953. Ese último año fue arrestado por reiterados y gravísimos abusos de poder en la Seguridad del Estado y un año

ordenes de Rákosi. Péter confesó como éste le había ordenado espiar y acumular pruebas falsas contra dirigentes de la cúpula del Partido como László Rajk o János Kádár, para eliminar así rivales en la dirección de la organización comunista. El proceso, que concluyó con la condena de Péter, empeoró la opinión popular sobre algunos de los más influyentes políticos del país y debilitó la imagen exterior del Partido. Si por un lado los anhelos de cambio se extendieron entre amplios sectores de la sociedad después de conocer los entresijos de la vida política en las altas instancias del poder, muchos responsables del Partido temieron la pérdida de su situación privilegiada en el caso de continuar este afán regenerador impulsado por Nagy.

Mientras la crisis política hacía insostenible la vida del país durante el año 1954 y los primeros meses de 1955, la evolución económica no mejoraba con las medidas de reforma. Los enemigos políticos arremetieron contra Nagy para indisponerlo con una opinión pública que parecía a pesar de todo favorecerlo. Argumentaron que la reducción de inversiones en la industria retrasaría la edificación del socialismo y al mismo tiempo criticaron el apoyo gubernamental a la agricultura no cooperativa, es decir, no socialista. Según su opinión, los agricultores al margen del sistema cooperativista comenzaban a gozar de mejor nivel de vida que los obreros industriales de las ciudades: esta situación de desequilibrio social era contraria a las conquistas del socialismo logradas en buena medida por el proletariado industrial. El enconamiento de las posiciones culminó durante las discusiones sobre el nuevo Plan quinquenal para el periodo 1955-1959. En aquel momento, los dirigentes de la URSS comenzaban a estar seriamente preocupados por la evolución de Hungría y por el papel político desempeñado por el partido comunista húngaro. Una de las prioridades de la Unión Soviética por entonces era aparecer ante el mundo como una potencia destacada, influyente en el campo de las relaciones internacionales; por lo tanto resultaba primordial no permitir dentro de su bloque disensiones que pudieran entenderse como debilidad propia.

De hecho, ya el 5 de mayo de 1954 los máximos dirigentes del PCUS habían celebrado en Moscú una reunión con las principales autoridades húngaras. En esta cumbre bilateral Kruschov mostró sus puntos de vista para terminar con las desavenencias en el seno de la organización húngara. El Comité Central debería convocar el Congreso del Partido para sellar un pacto de cooperación entre las dos facciones principales. Así, Nagy presentaría los éxitos de su programa reformista y Rákosi incidiría sobre los problemas reales provocados por la marcha de las reformas. Esta puesta en escena de las discrepancias, si bien moderadas, serviría para que los camaradas percibieran con claridad que no existían dos líneas opuestas en el Partido, sino sólo una saludable diversidad de pareceres que hacía posible seguir avanzando juntos hacia el socialismo.

Pocos días después, el 24 de mayo, tuvo lugar en Budapest el III Congreso del Partido Obrero Húngaro. Las sesiones se desarrollaron tal como habían sugerido los soviéticos, excepto cuando Rákosi se extralimitó en su intervención al subrayar los éxitos de los diez años de socialismo en Hungría e insistir en que los errores previos a junio de 1953 ya habían sido corregidos, salvando así su responsabilidad en la evolución del país posterior a esa fecha. Nagy, por su parte, cumplió con su cometido: habló sobre los éxitos de su programa reformista y sobre las tareas pendientes. En teoría, el Congreso mantuvo el equilibrio entre las dos diferentes concepciones del socialismo

más tarde condenado a cadena perpetua. En 1960 fue puesto en libertad y desde entonces trabajó de bibliotecario.

húngaro; en la práctica, sin embargo, las relaciones de fuerza favorecieron a los seguidores de Rákosi, al menos en tres cuestiones capitales. En primer lugar, el Congreso aprobó la paralización de los procesos políticos de rehabilitación. En segundo lugar, la reforma económica fue en buena medida desvirtuada al ganar peso el proyecto del nuevo Plan quinquenal de aumentar las inversiones de la industria pesada en detrimento de otros gastos cuyo objetivo fueran las mejoras del nivel de vida de la población. Por último, la reestructuración del Frente Popular favoreció las tesis de Rákosi de que este aparato político sólo era una correa de transmisión del Partido, sin autonomía real; tesis contrarias, pues, a los postulados de Nagy, quien pensaba en el Frente como en una alianza necesaria para dar cabida a todos los grupos políticos y capaz de dinamizar a la sociedad en su camino de progreso.

En definitiva, las heridas seguían abiertas. El Congreso no había servido para aliviar tensiones sino que más bien había producido el efecto contrario. En esta difícil coyuntura, el 8 de septiembre de 1954 se celebró un pleno del Comité Central del Partido Obrero Húngaro. Sin la presión de la publicidad de lo debatido, Nagy atacó con decisión a quienes no habían aceptado las resoluciones del Comité Central de junio del año anterior. El líder reformista expuso contundentemente las dos concepciones opuestas dentro de las que se debatía la futura política económica del Partido: la primera apostaba por hacer de Hungría el “país del hierro y del acero”, mientras la segunda era partidaria de un equilibrio entre sectores, continuadora por tanto de sus postulados reformistas. A continuación, Nagy instó a los asistentes a responder qué socialismo era aquél que no garantizaba el pan a la población, como habían demostrado las protestas campesinas por lo abusivo de las requisas durante la primavera de 1953. En esta ocasión el Comité Central respaldó las tesis de Nagy, quien a partir de este momento contó con el aval no sólo de los comunistas reformistas, sino también de amplios sectores de la población convencidos de la necesidad de renovar en profundidad la vida política de Hungría.

Nagy conocía perfectamente la precariedad de su situación y el equilibrio inestable en el que se mantenía el Partido, pero no dio marcha atrás ni moderó su mensaje. Si quería llevar a buen puerto su concepción de la nueva Hungría no podía desperdiciar ni un minuto. Su primer objetivo debía consistir en ganar la batalla definitiva dentro del Partido, vencer con rotundidad al sector estalinista. Para ello el 20 de octubre de 1954 publicó en *Szabad Nép* un artículo titulado “Después de la reunión del Comité Central”. En él reafirmaba sin ambages su compromiso con la rehabilitación de la memoria de los compañeros inocentes encarcelados y mantenía por tanto su fidelidad al espíritu y a la letra de los acuerdos del Comité Central de junio de 1953. Asimismo abogaba por democratizar las estructuras del Partido para que pudieran tener cabida en él todos los húngaros preocupados por mejorar la vida del país; finalmente, instaba a todos los militantes y simpatizantes del Partido a que pusieran su grano de arena en la defensa de esta política reformista. Con este artículo Nagy quería demostrar a sus rivales la fuerza que tenía dentro de la organización, el vigor de su programa reformista: frente al oscurantismo en los altos niveles de decisión política de los años anteriores, lanzaba a toda la sociedad una idea renovadora.

Ciertamente, la reacción popular y espontánea fue prueba de la buena acogida de los postulados de Nagy entre los húngaros de la más variada condición. Muchos seguidores anónimos del líder reformista publicaron artículos en favor del proceso de reformas en curso, hicieron consideraciones sobre la posibilidad de llevar a cabo cambios concretos o, simplemente, alentaron a su líder a seguir adelante en el empeño.

La evolución de los acontecimientos no favorecía los intereses soviéticos, cuyos dirigentes convocaron en Moscú a una delegación húngara de la corriente más ortodoxa formada por Rákosi, Lajos Ács⁸, Béla Szalai, y Mihály Farkas. También viajó Nagy, aunque sin la compañía de ningún otro miembro de su línea reformista. Rákosi había permanecido en la capital rusa durante un mes para preparar la reunión e intentar convencer a los soviéticos de que el revisionismo de Nagy era contrario al movimiento comunista internacional. El encuentro tuvo lugar el 8 de enero de 1955, y desde el primer momento los participantes atacaron con dureza a Nagy; las acusaciones de “pequeñoburgués” y “bujarinista”, las críticas a su artículo del 20 de octubre en *Szabad Nép* por provocar la división del Partido y las dudas sobre sus convicciones comunistas fueron formuladas durante la sesión. El resultado parecía seguro mucho antes del 8 de enero: con claridad, el Comité Central del PCUS mostró a la delegación húngara su decisión de aprobar las tesis de Rákosi y rechazar la línea revisionista.

La época de las reformas auspiciada por Nagy había terminado. Sin embargo, Rákosi volvió de Moscú en cierta manera desilusionado ya que la dirección del PCUS no había obligado a Nagy a presentar la dimisión de manera inmediata e irrevocable. No obstante, el destino jugaría a favor del veterano líder estalinista: el 1 de febrero de 1955 Nagy sufrió un ataque al corazón. Rákosi aprovechó la ocasión para convocar un pleno del Comité Central de la organización comunista húngara: iniciado el 2 de marzo, en él también participó Mijail Suslov en representación del PCUS, hecho novedoso en la Hungría socialista. Durante este pleno, que duró tres días, los miembros del Comité Central declararon unánimemente su preocupación por la amenaza real de “desviacionismo derechista” que pesaba sobre el Partido debido a la política seguida en los últimos tiempos por el equipo capitaneado por Nagy. Nada pudo hacer éste, todavía enfermo, para contrarrestar el embate de sus enemigos; de nada sirvió el escrito, enviado al pleno, en el que volvía a hacer profesión de fe reformista.

El Comité Central volvió a reunirse el 14 de abril de 1955 para dar su consentimiento, ya sin ningún tipo de discusión, a una resolución contra Nagy por antimarxista, antileninista, contrario a la esencia proletaria del comunismo y partidario de unas ideas muy peligrosas para la unidad del Partido y promotoras de tendencias revisionistas por su connivencia con los sectores menos comprometidos con las conquistas del socialismo. La consecuencia más inmediata era obvia: Nagy fue apartado de la dirección del Partido y obligado a dimitir de todos sus cargos. Cuatro días más tarde, el 18 de abril, el Parlamento acordó relevarlo de sus funciones como Primer Ministro. Se vio entonces forzado a abandonar todas sus responsabilidades políticas, tanto la presidencia del Frente Popular como su acta de parlamentario, y en diciembre, una vez expulsado del Partido, hubo de renunciar a sus tareas como profesor universitario y miembro de la Academia Húngara de Ciencias.

Con el fin de cerrar la crisis lo antes posible, fue nombrado Primer Ministro András Hegedüs, que aunque había sido Viceprimer Ministro con Nagy, era

⁸ En junio de 1953 Lajos Ács fue elegido miembro del Comité Central y del *Politburó* del partido comunista. Fue miembro de la comisión encargada de revisar los procesos instruidos durante los primeros años cincuenta contra militantes y simpatizantes del movimiento socialista húngaro. Al estallar la insurrección del otoño de 1956, Ács buscó refugio en la Embajada de Polonia. A partir de 1958 trabajó en el Banco Nacional Húngaro y en el Ministerio de Hacienda. En 1961 logró el grado de Doctor en Economía y pasó el curso 1965-1966 como becario Ford en Estados Unidos. En 1968 se suicidó en su lugar de trabajo.

evidentemente un hombre de confianza de Rákosi. La restauración del antiguo orden comunista de raíz estalinista se convirtió en un hecho. Rákosi, que contaba con Gerö como lugarteniente, volvía a convertirse de nuevo en el hombre fuerte del sistema socialista húngaro; sin embargo, no había logrado la tan ansiada victoria completa sobre su enemigo político, ya que Nagy se negó a presentar la ineludible autocrítica a su gestión. En efecto, aunque defenestrado por el sector estalinista-rákosista del Partido, la victoria de este grupo sobre el antiguo Primer Ministro se volvió en contra de Rákosi al adquirir Nagy un prestigio inusitado, sobre todo fuera del Partido, como nuevo represaliado. En esta ocasión la política de Nagy había ilusionado e implicado a demasiada gente, tanto dentro como fuera del país, e iba a resultar imposible acallar la resistencia con el mero hecho de suspender al dirigente reformista de todas sus funciones.

V. EPÍLOGO (A MODO DE INTERLUDIO)

Al contrario que en el caso polaco, el revisionismo reformista húngaro no pudo acomodarse al sistema soviético. La cerrazón ideológica de Rákosi y los demás los dirigentes húngaros obstaculizó el desarrollo de cualquier atisbo del cambio político impulsado por Nagy y sus colaboradores. Por supuesto, el fracaso del giro reformista encabezado por Imre Nagy, saboteado desde un primer momento por el sector estalinista de su partido, tuvo mucho que ver en el desarrollo de los acontecimientos: los errores de estos años condujeron al país a un callejón sin salida. En esta situación, el fracaso de la política neoestalinista entre la primavera de 1955 y el otoño de 1956 terminó por radicalizar la crisis húngara hasta el punto de poner en peligro no sólo la supervivencia del sistema socialista en Hungría sino también la hegemonía de la URSS y la estabilidad del bloque oriental.